



BIBLIOTECA DE AUTOR

FIGRELLA LEVIN

Yo también me perdí

Un camino hacia la autenticidad

EL GUARDIÁN LITERARIO

FIGRELLA LEVIN

Yo también me perdí

Un camino hacia la autenticidad



EL GUARDIÁN LITERARIO

“Solo fracasa el que abandona”

Albert Einstein



Índice

Prólogo.....11

PARTE I: *Endeble*

Capítulo 1.....15

Capítulo 2.....55

Capítulo 3.....72

Capítulo 4.....93

Capítulo 5.....106

Capítulo 6.....130

PARTE II: *Sólido*

Capítulo 7.....157

Capítulo 8.....167

Capítulo 9.....180

PARTE III: *Auténtico*

Capítulo 10.....191

Epílogo.....211

Agradecimientos.....231

Prólogo

Hace exactamente dos años, me encontraba en un momento de finales, cuando con mi socia de entonces dábamos por terminado un emprendimiento que comenzó con mucho entusiasmo, a la vez que concluía una anhelada relación de pareja que a pesar del inmenso deseo de ambos, no funcionó. La incertidumbre apareció otra vez, pero me sentí confiada, creyendo que iba a encontrar rápidamente mi próximo proyecto laboral. Pasaron las fiestas y las vacaciones de verano, y cuando llegó Marzo de 2018, comencé a inquietarme porque lo único que había hecho era releer los treinta y cuatro cuadernos que llevo escritos desde los doce años, uno detrás de otro. Ese año fue una carrera de obstáculos, apenas ponía en práctica cada nueva idea, me daba cuenta de que no era lo que realmente quería hacer, o se cerraban puertas en mi cara de forma alevosa. Definitivamente, no era por ahí.

Fue recién a comienzos de este año, exhausta y tensa de tanto esfuerzo por buscar sin encontrar, que vi muy de frente mi enorme resistencia al proceso, el deseo de cerrar el tema “ya” para poder avanzar en lo que fuera que viniera. Esos tiempos que subestimo porque en el momento parecen muertos pero con el diario del lunes tienen tanto sentido. Así que pedí ayuda y di con Jorge, un mentor

que me había guiado en otra oportunidad, y que en una hora de conversación supo interpretar lo que yo no pude ver en un año y medio, cuando, fresco, me dijo: *“Por lo que estás diciendo, vos sabés que querés escribir un libro, lo que no sabés es cómo”*. Y tenía razón, yo quería contar, sacar afuera tantas cosas que sentí y que me guardé para mí y mis treinta y cuatro cuadernos, lo intuí desde el momento que los releí de un tirón pero entonces no supe verlo. Sin embargo, desde ese momento y en adelante, todo se encadenó como por arte de magia, apareció Cari, mi guía y apoyo en el proceso de escritura, emergió la historia que quería contar, un viaje hacia mi pasado que me removió tantas emociones e hizo brotar recuerdos por igual, y acá estoy.

Este libro muestra una búsqueda, que desde el relato es la propia, pero que refleja la de todos: la de las libertades, la de salidas para romper con lo establecido, la búsqueda de la verdad, de lo profundo, la búsqueda del amor. Y en ese camino aparece la miseria propia que por momentos nos lleva por lugares oscuros, de dudas, pero con la certeza de que si somos fieles a lo que nos pasa y nos atrevemos, al final siempre asoma un nuevo destino.

Mi humilde propósito es compartir esta experiencia para animar a otros a adentrarse en eso que tienen ahí delante, para que confíen en que las respuestas llegan, y que para eso, ser auténticos y volver el foco a uno es el verdadero trabajo que tenemos todos.

Fiorella Levin
Diciembre, 2019

PARTE I

Endeble

Adj. Débil, flojo, de resistencia insuficiente.



Capítulo 1

Julio, 2007. Me despierto con la alarma que suena bastante fuerte, el ruido me aturde, pero es ideal para impedirme que siga en la cama durmiendo. Me levanto de un salto, me duele un poco la cabeza y sé que es por haber dormido pocas horas, por eso sigo cansada. Me visto velozmente, estiro la cama y me preparo el desayuno, que también voy a comer rápido porque tengo el tiempo contado ya que en una hora debería estar tomando el subte rumbo al centro de la ciudad.

Después de casi diez años prendiendo un cigarrillo detrás de otro dejé de fumar repentinamente, igual que cuando me hice vegetariana, que solamente dije “desde hoy no como más carne”. Tomé esta decisión atropellada porque hace poco empecé a correr y me entusiasma ver que cada vez resisto más tiempo en la cinta, y mientras avanzo me imagino a futuro corriendo todo tipo de carreras, incluso, algún día, una maratón. Me conmueve porque después de tantos años, fumar se convirtió en parte de mi personalidad, no me imagino ninguna situación sin un cigarrillo, porque hasta ahora me sirvió, en ocasiones,

como la vidriera detrás de la cual puedo esconderme en caso de necesitarlo: mi cálido refugio; y abandonarlo se siente como volver a estar expuesta, y esa sola palabra me pone incómoda, me quedé sin mi escudo de batalla, mi fiel compañero.

Fumar empieza como un juego inocente a los 12 años, la primera pitada que inhalo me repugna pero quiero aprender a hacerlo, a tragar el humo y largarlo como hace la gente que sabe, exhalando ese aire de grandeza. En el secundario creo que los fumadores somos los osados, los transgresores y los distintos, y yo pertenezco sin dudas a ese grupo. Hay un año en que encontramos que la puerta de una de las aulas ubicada en planta baja conecta con otra que da a la calle y, por algún motivo, permanece abierta. Es la ocasión perfecta, y la aprovechamos para escabullirnos durante el tiempo que dura el recreo, fumamos un cigarrillo en la vereda, y volvemos victoriosos con una sonrisa cómplice cuyo significado sólo conocemos nosotros. En ese momento el mundo es nuestro, somos los reyes de la cuadra, los aventureros, y eso se siente fabuloso. Para esta época, si me preguntan mi edad, la mayoría de las veces se sorprenden con mi respuesta y comentan que parezco más grande y yo, toda contenta, me siento halagada. En los primeros años de universidad fumar me relaja, o eso estimo, estar estresada es esperable en fechas de exámenes, y hasta bien visto por la comunidad académica, y siendo ansiosa, necesito distenderme de algún modo. Ahhh... ¡Cómo me gusta fumar!

Estoy cursando el último cuatrimestre de una carrera que me costó mucho elegir, apenas terminé el secundario me inscribo en Filosofía y Letras porque disfruto leyendo y analizando qué quiere decir cada autor con sus palabras, hasta que se lo comparto al profesor de filosofía del colegio, que me desalienta por completo y me sugiere que lo piense bien porque no voy a ganar mucho dinero. No llego a cursar. Pienso opciones durante un largo tiempo y mi propia duda me frustra y me enoja, porque todos mis compañeros ya están cursando un estudio, y yo sigo en veranos. Me conflictúa pensar que no hay una única cosa que me apasiona, porque me gustan muchas, y por eso no me veo haciendo lo mismo toda la vida. También supongo que no soy brillante en algo y seguir reflexionando me mantiene indecisa. Luego, completo un año de Relaciones Públicas pero termino desistiendo con la sensación de volver al punto cero.

Ahora, si todo sale bien con las seis materias que estoy preparando, además de mi trabajo, a fin de año me recibo de Licenciada en Marketing, y todo el esfuerzo que hago va a tener sentido.

Soy pasante en una empresa multinacional que me demanda muchas más horas de las pautadas por contrato, qué injusto me parece tener que pagar un derecho de piso por ser una persona joven que recién comienza su camino laboral. Estoy desanimada como quien busca un oasis en pleno desierto, creo que no voy a poder adaptarme a ninguna empresa, y por eso no tengo fe en que este nuevo empleo resulte distinto. No comprendo

las leyes implícitas de este sistema, cumplir un horario, pedir permiso para tomarme vacaciones, cuidar lo que digo y delante de quien lo hago, esperar a tener algo de antigüedad para que mis ideas sean consideradas. Seguir un protocolo burocrático para hacer cosas que puedo resolver fácilmente de otro modo, ¿a nadie se le ocurre que esto está mal planteado?

Antes de ingresar como pasante me contrata otra multinacional, la primera. El empleo es en San Telmo, lugar donde no trabajé con anterioridad, y al que llego en el subte que me deja en Plaza de Mayo. Tardo más de cincuenta minutos en viajar y no logro evitar cuestionarme el tiempo que pierdo. Una hora de ida, otra de vuelta, durante cinco días son diez horas por semana tiradas a la basura, qué bronca me genera. Atravieso la plaza y camino cuatro cuadras hasta el enorme edificio lleno de oficinas de empresas grandes y conocidas. Andar a diario por esas calles es un retorno al pasado porque conservan el empedrado antiguo y las casas, en su mayoría, sus fachadas viejas. Sin embargo, en el trayecto, pienso la vasta historia de la ciudad que estoy pisando, y me conecta con una sensación de profundo respeto por todos los recuerdos que parecen impregnar el aire en esta parte de Buenos Aires. Cuento con una tarjeta magnética de acceso a la oficina, enganchada visiblemente en mi pantalón de vestir, la luzco con orgullo porque aún sostengo que trabajar en una multinacional es pertenecer a una liga mayor. Soy asistente de Marketing y reporto a Jorge, mi jefe y director del área, a quien voy a observar cuidadosamente cómo trabaja durante el año

completo que me quedo en esta empresa, porque tiene un estilo que me gusta, es inteligente, carismático, y mantiene una buena imagen dentro de la compañía. Lidera el equipo entero, alrededor de quince personas, y yo los asisto a todos, a él y al equipo. Lo que más me gusta de Jorge es que se mueve rápido, muy rápido, pero la velocidad pareciera no alterarlo como a mí. Quiero ser como él cuando me toque estar al frente de un equipo, tiene un modo de decir las cosas muy ameno, incluso cuando no son muy buenas. Es un jefe que sabe dejar hacer, no le importa la metodología de cada uno de sus reportes, sino los resultados. Al fin alguien que me resulta coherente y pragmático, me siento afin a Jorge. Nos entendemos rápido, y lentamente me da pequeñas oportunidades para ponerme a prueba, es el jefe empático y generoso que todavía no había tenido, sabe que me importan mis estudios, me pregunta constantemente cómo me va en la facultad y me trae material que rescata de los eventos corporativos, porque cree que puede servirme o porque yo se lo pido. Celebro tener un líder como Jorge, confío que voy a poder aprender mucho de él.

Los primeros meses de trabajo son de gran disfrute, el equipo es lindo, somos en su mayoría jóvenes, y las ocho horas vuelan, porque hay bastante para hacer. El edificio, a tono con la zona, es antiguo por fuera y moderno y tecnológico por dentro. Nuestra oficina está ubicada en un piso alto, y consta de una planta libre con algunos cubículos cerrados, hay ventanas hacia los cuatro costados por

donde ingresa mucha luz. Comparto mi escritorio con otra secretaria, y detrás se ubican nuestros jefes, en uno de los límites de la planta, con un ventanal grande y luminoso. Me agrada estar cerca de la ventana y ver cómo va cambiando la posición del sol durante el día, porque de esta forma puedo saber si es de mañana o de tarde. La sensación de encierro es algo que no soporto, y así me siento más conectada con lo que está pasando afuera. Uno de los beneficios de la empresa, que aún pocas lo ofrecen a sus empleados, es que tengo una tarjeta con un saldo grande para usar en una máquina expendedora de todo tipo de refrigerios de los que soy fanática, entre ellos, alfajores, chocolates, papas fritas, caramelos, galletitas, y que busco cada vez que necesito hacer una pausa y fumarme un cigarrillo.

Seguirle el ritmo a Jorge no me cuesta porque también soy rápida, el trabajo me resulta fácil, y hay días en que miro el reloj y ya es hora de irme. El teléfono suena constantemente, manejo la agenda de mi jefe, coordino reuniones, viajes, y hago otras tareas que me piden el resto de los gerentes. Y cuando termina el día me dirijo a la facultad.

Pero al tiempo la empresa anuncia que se fusiona con otras dos compañías, y como parte del proyecto, nos toca mudarnos más lejos, a la calle Juan de Garay, a una cuadra de la autopista, y en una zona oscura donde no hay comercios ni gente circulando, y que por la noche me hace sentir insegura. Ahora debo reemplazar mi hermosa caminata diurna de San Telmo por quince minutos

adicionales en colectivo hasta el borde de La Boca, lo que significa más tiempo perdido viajando. Con la fusión, el panorama en la empresa se complica. A diario escucho rumores sobre gente a la que van a despedir, puestos que van a desaparecer, y cambios sobre cómo vamos a tener que hacer las cosas de ahora en más. Yo no entiendo nada, porque la compañía es muy grande, no conozco a ninguna de las personas que nombran, y no poseo un historial tan largo como para opinar, pero percibo que el cambio acá adentro es sinónimo de pánico, y la crítica se convierte en hábito diario: que tal está acomodado, que fulana es ineficiente, que deberían echar a este otro. Me encuentro ajena a todo eso, sapo de otro pozo. Hago preguntas sólo por cortesía porque realmente me tienen sin cuidado las hipótesis acerca de lo que va a pasar y quién va a quedar en lugar de quién. A diferencia de todos ellos, lo que a mí me impacta es el nuevo espacio para trabajar. Ya no es un piso alto, sino que estamos al nivel de la calle y en lugar de una planta libre estoy en un cuadrado repleto de escritorios, uno pegado al otro, y la única ventana, que además de ser chica, está en una esquina lejos de donde estoy y mira hacia una autopista donde solo se escuchan pasar autos y camiones con acoplado. Gris. Todo es gris, los escritorios y la alfombra, al igual que la vista afuera, la autopista, los camiones. Yo necesito verde, ver vida, movimiento. Los meses restantes que paso en este lugar son muy tristes, estoy el día entero sofocada en el cuadrado, no sé qué hora es afuera y la vida acontece como dentro de un casino, pero sin

jugar a nada. La gente está muy tensa y eso me pone nerviosa porque no sé mantenerme calmada en este contexto que percibo tan hostil, y noto cómo de a poco me voy acelerando, camino más rápido, hablo más rápido y pienso más rápido de lo que puedo hablar. Mi corazón también adquiere un nuevo ritmo y me agito con mayor facilidad. Mis tareas después de la fusión incluyen, además del trabajo que hago, colaborar con una de las gerencias, y no solo me lleva más tiempo, sino que además no me gusta. La velocidad que antes podía manejar tan bien empieza a afectarme fuertemente ¿Por qué hay que hacer esto? Por momentos siento mucha angustia, me duele el pecho y me encierro en el baño para intentar calmarme porque estoy por llorar y no quiero que me vea nadie. Cuando reflexiono sobre las tareas que tengo por delante, las diarias y las nuevas, el pulso se me acelera, alcanzo a sentir mi corazón galopando adentro mío, pidiendo tregua. En el baño me hablo a mí misma para calmarme y me digo cosas como “tranquila, Fi, es solo un momento, va a pasar”, o “esto el día de mañana no va a significar nada”, y así logro estirar algunas horas, pero me voy de la empresa sintiéndome ahogada, como si estuviera aguantando la respiración bajo el agua y en el último segundo, cuando ya no consigo sostenerla más, subiera a tomar una bocanada de aire que me devuelve a la vida. De camino a la facultad lloro en varias ocasiones, y noto con los días que mi cara va cambiando su expresión, mis ojos están tristes y se me marcan las líneas del entrecejo. Empiezo a sentirme mal de salud, llegué al

punto en que no soy capaz de desacelerarme ni siquiera cuando estoy en mi casa, no logro bajar el ritmo, estoy tensa y eléctrica como un robot, padezco calor todo el tiempo, estoy extenuada, pero duermo mal a la noche, porque no consigo relajarme. Mi humor fluctúa entre la apatía y la irritabilidad, y la tarjeta para la máquina expendedora, que antes tenía un saldo generoso, ahora no me alcanza, porque devoro todo lo que veo, compulsivamente y con atracones, que en el momento me proporciona alivio, pero termina arruinándome el estómago y la cabeza, empeorando el cuadro. Decido ir a un médico, y por los resultados de los estudios, me deriva a una endocrinóloga quien, a su vez, me confirma que estoy “muy hipertiroidea”. Siento bronca. No, no es bronca... es ira. Estoy muy enojada por haber llegado a este punto. Odio esta empresa, malgasté mi tiempo, y no veo que la situación pueda revertirse. Me inquieta pensar que no estoy hecha para trabajar en una compañía y, por otro lado, saber que necesito adquirir experiencia ¿Cómo se resuelve esto? Sin embargo, la enfermedad es la alarma que me lleva a renunciar, porque me doy cuenta de que este va a ser el nuevo panorama laboral diario, y no se trata de algo circunstancial. No puedo ni quiero negociar conmigo misma mi propio bienestar, este es mi límite, no tolero más. Quizás tenga que seguir intentando hasta encontrar un lugar donde me sienta más a gusto. O tal vez se trate de seguir sufriendo hasta que ya esté saldado aquel derecho de piso, pero ¿cómo se hace eso?

Estoy exhausta, me levanto muy temprano todos los días, tomo el subte D con dirección a la estación Tribunales en el horario pico en que los vagones parecen un corral con sobre población de ganado. Miro las caras de la gente, serios o tristes, todos apretados, alguno que se enoja porque el de al lado lo empujó sin querer, ¿esta es la vida? Dedico entre seis y ocho horas a mirar planillas de cálculo, hablar por teléfono en inglés con mi jefa —que tiene base en Estados Unidos— para contarle novedades, llamo a los “socios estratégicos” de la empresa, o asisto a reuniones para que el comité interno apruebe las piezas publicitarias. Al principio y nuevamente mi trabajo me resulta interesante, pero después de un tiempo se torna aburrido, monótono, tedioso, y cada día estoy más cansada y con ganas de dejarlo. La historia repetida de las multinacionales, ¿qué hago otra vez trabajando en una de estas empresas? Vivo detestables situaciones calcadas a la compañía anterior: permisos para rendir exámenes, burocracia eterna, una gerente que lleva más de veinte años de antigüedad y se toma varias tardes para ir a su clase de pilates, lo que pareciera haber ganado por ser antigua, porque no se preocupa ni por disimularlo frente a sus reportes quienes, desde ya, no cuentan con ese beneficio. Cuando termino la jornada laboral, me desplazo por las seis cuadras de distancia que hay entre avenida Córdoba y Pellegrini y mi facultad en calle Talcahuano. Entro a cursar la materia que toca y hago un esfuerzo sobrehumano para sostener la atención y no quedarme dormida durante los dos bloques de hora y pico que dura la clase,

hasta las 9:45 p.m., hora que vuelvo a tomar el subte D en la estación Tribunales rumbo a mi casa. Ceno, me ducho, duermo, y así en piloto automático durante cinco días a la semana. Soy un zombi, una muerta en vida, pero todo me lleva a creer que este es el modo usual de vivir la vida. Mi espíritu rebelde no puede contra esta causa en la que pierdo por amplia mayoría. Vivo para pagar el alquiler de un departamento que no termino de disfrutar porque solo llego a verlo de día durante los fines de semana, y cuando llega ese momento, tampoco estoy porque quiero aprovechar cada segundo de luz haciendo planes afuera donde está la vida al sol, aunque jamás me alcanza, me queda corto, y ahora entiendo por qué los domingos a la tarde es el momento de mayor cantidad de suicidios: ¿Quién aguanta esto? ¿Qué sentido tiene vivir así? Debe haber un error, porque no puede ser que la existencia sea esto, sacrificio, sufrir, un andar exhausto. “Todos lo pasamos”, me dicen algunos; y debo ser yo la equivocada, porque es demasiada gente haciendo lo mismo, transcurriendo de la misma forma, y si esta es la manera, me pregunto cómo voy a hacer para acostumbrarme a vivir así. Cómo me adapto a este sistema que me resulta tan poco humano. Cómo meto a este cuadrado en ese círculo.

A medida que me voy aproximando al último cuatrimestre, el cansancio aumenta exponencialmente como si estuviera corriendo una carrera y ya diviso el arco de llegada, pero sé que todavía me faltan dos kilómetros más para cruzarlo, es una lucha contra mi propia

cabeza, tengo que aguantar, resistir, contener. Soy como esos caballos que no pueden mirar a los costados, solo hacia adelante, hacia la meta. Me pregunto varias veces cuál es el sentido de hacer todo tan demandante, tan comprimido, para qué trabajo, y curso seis materias en simultáneo. “Terminar, debo terminar” es la única respuesta que se me ocurre. Hay días en que llego llorando de la facultad, extenuada y desbordada por hacer algo que ya no me provoca ganas, o porque me quedé dormida en clase. Solo ansío que esto se termine pronto, tener una vida normal de una vez por todas sin tantas exigencias. Desconozco cómo puede ocurrir eso, solo deseo profundamente que exista otra manera.

Del tiempo que llevo empleada acá, no estoy segura de haber aprendido tanto sobre marketing, pero sí vivo algunas situaciones que siguen poniendo mis valores a prueba. Por ejemplo, esa vez que estamos en plena etapa de lanzamiento de campaña. Los plazos rara vez se cumplen, y eso implica desde quedarme varias horas adicionales, almuerzos y/o cenas con clientes, hasta pedidos de mi jefa para faltar a la facultad con el fin de adelantar tareas. Esta última parte me indigna, y afortunadamente, mi gran sentido de la justicia le gana por un breve instante a mi exigencia, declino sus peticiones, pero el costo es que al final de ese periodo y tras lograr el objetivo de ventas, me deja afuera de un viaje para todo el grupo y me dice que esos días, en que ellos se ausentarán, yo estoy obligada a ir a trabajar, para que quede alguien del equipo en la

empresa. De pronto me veo en la oficina, todas las computadoras apagadas menos la mía. Mis vecinos del piso me preguntan dónde está el resto y por qué no hay nadie más que yo, y cuando les cuento, sin dudar ni un momento, no se sorprenden por mi respuesta. La imagen es tan ridícula como egoísta, poco humana. Otra vez siento que esto es injusto, dejarme afuera de un reconocimiento para todo el equipo como castigo por no haber trabajado de más. Necesito un manual de instrucciones, porque los valores que manejo no son guía acá adentro, debo aprender a jugar un juego para el cual no poseo estómago ni personalidad. Pero creo en las leyes de causa y efecto, y solo me calma un pensamiento: “todo vuelve”.

Mi cuerpo me pasa factura. Desde que dejo de fumar empiezo a notar muchas ronchas en mi piel, especialmente en los brazos y las piernas. Me pican y ni siquiera bañarme me calma, necesito ver un médico. Consigo por cartilla un alergista que, como todos los profesionales que busco, atiende cerca de mi casa. Me molesta esperar y especialmente que esté tan naturalizado que cuando uno tiene turno con un médico, debe aguardar el tiempo que toque. Como si las horas del médico fueran más importantes que las de uno. Por eso busco consultorios que estén cerca de mi casa. Mi límite es media hora, y si tarda más de eso en atenderme, me voy y no vuelvo más. Este doctor me recibe rápido y después de más de una hora poniéndome puntitos con distintos alérgenos en el antebrazo, cerca de la muñeca, me dice a modo de veredicto

que soy alérgica al polen, a los ácaros y a otras plantas que no recuerdo, y me explica que el tratamiento consiste en darme vacunas, una vez por semana. “¿Vacunas?” , le pregunto sorprendida. “Si, vacunas”, me contesta con total naturalidad. Yo confío en su palabra, pero opino que lo que realmente tengo es una bomba de tiempo adentro mío, y que si no hago algo va a detonar. ¿Dónde está la llave? ¿Cómo la desactivo? Detesto los medicamentos, pero estoy desesperada, así que le hago caso y aprendo a darme las vacunas, pinchándome a mí misma una y otra vez, siendo la testigo principal de mi propio envenenamiento, qué ridículo parece esto, la trampa de la trampa en la que yo sola caigo.

El escenario en esta empresa solo potencia lo que ya intuyo hace rato: no me concibo mucho más tiempo trabajando en relación de dependencia. En cambio, fantaseo con la idea de crear un proyecto desde cero, me imagino implementando mis propias ideas, haciendo las cosas a mi manera como quiero, cuando quiero, donde quiero, con libertad, con la alegría de esforzarme por mi sueño, y no para cumplir un horario ni la aspiración de algún otro, sin deberle explicaciones a nadie sobre mis elecciones, o sobre cómo administro mi tiempo, me enciendo de solo soñarlo, me dan ganas de salir a correr y gastar toda esta energía que brota de golpe.

En efecto, ya hice una breve incursión al mundo emprendedor. La vez más reciente, entre una multinacional y la otra, ocurre de vacaciones en Piriápolis, Uruguay, con

mi mejor amigo, cuando vemos un vendedor ambulante de carteras hechas enteramente de cierre que parecen novedosas. Nos miramos al mismo tiempo y en ese intercambio visual de un microsegundo, ambos sabemos que ahí hay una oportunidad. Compramos una y mientras entendemos el sistema que tienen, nos contagiamos mutuamente de emoción, pensando que pueden tener éxito en Argentina. De regreso en Buenos Aires buscamos un taller, compramos los materiales, y empezamos a fabricarlas para, una vez hechas, dejarlas en consignación en diversos locales de ropa. Trabajar con el taller es complejo, se extienden bastante más de lo previsto para fabricar, pero la alegría que tengo cada vez que voy a retirar una tanda de carteras terminadas es inmensa, estoy orgullosa de haber creado algo, aunque sean bolsos hechos de cierre, mis hijas, mi creación, las aprecio y cuido como si tuvieran vida. Como si fuera experta en la materia, las observo chequeando que no tengan imperfecciones, toco las terminaciones con dedos de detective para comprobar que estén prolijas, y abro y cierro el cierre principal para ver si corre bien por cada uno de los diminutos dientes. Vendemos varias y llegamos a fabricar un par de tandas hasta que nos damos cuenta de que el negocio es inviable a este lento ritmo de ventas y bajo esta modalidad, pero lejos de sentirme frustrada, estoy contenta porque aprendí algunas cosas sobre cómo vender un producto, y lo más importante, comprendo vivencialmente que aplicar mis ideas rinde sus frutos, es posible, y si ya lo hice, lo puedo volver a hacer.

